

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

¿Qué vamos a hacer? La organización de la libertad

El Poder público en España ha considerado durante varios decenios que su principal misión era evitar la subversión. Es evidente que todo Poder constituido tiende a evitarla, y ello es perfectamente legítimo. Lo que parece inquietante es que esa misión, necesaria pero secundaria, se convierta en la principal; es decir, que el Estado tenga una función primariamente negativa, represiva. El Estado tiene que «estar», es decir, establecer un ámbito amplio, seguro y holgado de convivencia, iniciativa, crítica, rectificación, cambio; si tiene que impedir la subversión, es porque ésta perturba la vida, entorpece el cambio, anula la libertad.

Pero lo más grave es que se ha considerado como subversión gran parte de la vida normal de los ciudadanos y del Estado mismo. Se ha considerado subversivo, y por tanto delictivo, el ejercicio de una buena porción de los derechos que forman el patrimonio de todos los países de Occidente, al cual pertenece España independientemente de la voluntad de sus habitantes —y no digamos de sus Gobiernos—, al cual, además, se ha adscrito nominalmente durante muchos años —los países libres, el mundo libre—, etcétera. Quiero decir que la «subversión» se ha compuesto de dos partes bien distintas: la efectiva y real, que no ha faltado y que hoy tiene tan importante papel en todas partes; y aquellas actividades, nada subversivas, que han sido «hechas subversivas» simplemente por ser prohibidas, por ser consideradas como tales.

Conviene, pues, revisar las ideas sobre lo que es subversivo y lo que no lo es. En ningún país de Occidente es subversivo que se exprese libremente la opinión individual o colectiva, de palabra o por escrito, en conversaciones, cartas, conferencias, discursos, periódicos, revistas, libros, radio, televisión; con tal de que esa opinión no viole los derechos ajenos, no injurie, no calumnie, no excite a la violencia. Tampoco es subversivo que los individuos se asocien para fines lícitos, y son lícitos los fines políticos, económicos, culturales, religiosos, deportivos. Ni es subversivo que los ciudadanos se critiquen unos a otros, o a los administradores del país, o sus medidas concretas, o propongan cambios en la organización.

Cuando se hace todo esto, nadie dice que hay subversión, no hay ningún delito que reprimir ni castigar, y el Estado puede dedicarse a otras cosas: fomentar la economía, mejorar la sanidad o la defensa, extender y perfeccionar la educación, hacer obras públicas, ordenar la hacienda, velar por la justicia, hacer una política exterior inteligente, inspirada y adecuada a las circunstancias.

En cambio, son subversivas algunas conductas que no han sido consideradas como tales. Por ejemplo, que las autoridades inferiores actúen por su cuenta, no sigan las instrucciones de las superiores o —aún más grave— las leyes, prohiban lo que está autorizado, detengan el que no es delictivo, disparen

cuando no es absolutamente necesario, perturben el funcionamiento de instituciones legales. También es subversivo que grupos particulares —sea cualquiera su filiación— se atribuyan la facultad de imponer su opinión a otros, ejerzan violencia sobre cosas, propiedades o personas, amenacen o coaccionen, injurien o de cualquier modo lesionen los derechos ajenos.

Es urgente aclarar todas estas cosas, sobre todo si se quiere de verdad evitar la subversión. Es absolutamente inaceptable, más aún, intolerable, poner una bomba, incendiar, destruir de cualquier modo, asesinar, herir o agredir, atracar, robar, intimidar con la violencia. Pero si se considera igualmente subversivo asociarse pacíficamente, expresar una opinión, hacer una petición, criticar un decreto o un discurso, reclamar los derechos, entonces las fronteras se borran peligrosamente. Y la evidencia de que algo legítimo es llamado subversivo y reprimido como tal, quítese o no descalifica la idea de «subversión», hace que no se respete ni se tome en serio, induce una inadmisible tolerancia para ella, engendra una complicidad social con la violencia, que es lo más peligroso de todo.

Cuando los eclesiásticos se obstinaron en considerar pecados —y pecados graves— muchas cosas que a los hombres les parecían inocentes o, a lo sumo, pecados veniales y levisimos, esto determinó una pérdida general de respeto a la noción de pecado, una evaporación de la conciencia de la pecaminosidad en general, característica de la época en que estamos viviendo. El razonamiento —más o menos explícito— venía a ser éste: Si esto que está bien o en todo caso apenas tiene importancia es abominado como grave pecado, no hay que hacer caso cuando de algo se diga que es pecado.

El Estado tiene que intervenir con plena autoridad y energía allí donde es necesario, es decir, allí donde tiene derecho a hacerlo. Pero tiene que abstenerse rigurosamente de intervenir donde no tiene nada que hacer, debe dejar a los individuos y a los grupos sociales ejercer libremente sus derechos, poner en práctica sus iniciativas, expresar sus ideas y opiniones, proyectar, proponer, intentar persuadir, averiguar cómo son las cosas, conocerse, determinar cuál es el estado efectivo del país en todas sus dimensiones.

Tan indeseable es un Estado «autoritario» —es decir, un Estado prepotente, opresivo, abusivo— como un Estado «sin autoridad», débil, sometido a la tiranía de la prensa, o de los partidos, o incluso del Parlamento. Una vez que se determina la manera legítima de designar al Gobierno —y no creo que desde fines del siglo XVIII haya otra legitimidad que la democrática—, el Gobierno debe ejercer sus funciones con plena autoridad y autonomía en el detalle de su política. La tenta-

ción de debilitar el Poder Ejecutivo hacia 1930 fue funesta, porque entonces no podía enfrentarse con agilidad y eficacia, con los problemas apremiantes; la consecuencia fue la serie de dictaduras que invadieron Europa y que culminaron en el establecimiento de regímenes totalitarios. La República española de 1931 fue una de las víctimas de esa tendencia dominante, tuvo que vivir gran parte de su cortísima vida en estados excepcionales, y no pudo hacer frente con eficacia a las varias subversiones que la asaltaron, por ambos lados, con distintos motivos e pretextos, y terminaron por destruirla.

Debo decir —y quizás no sobra recordárselo a los jóvenes y a los olvidadizos— que yo estuve, a pesar de mi extrema juventud, en contra de todas esas subversiones —y no sólo de la mitad de ellas—, cuanto más graves, más en contra. Y también, claro está, contra las que pudiéramos llamar «subversiones internas» o abusos de poder de grupos particulares dentro de la República, que la pusieron en peligro constante y fueron la causa principal de su derrota en la guerra civil. Los que durante ella se llamaron «incontrolables» —y que correspondían a los «irresponsables» en el Poder— fueron los que hundieron lo que quedaba de estructura jurídica y estatal de la República y estorbaron todo intento de reconstrucción.

Por supuesto que en los últimos cuarenta años he extraído las consecuencias de esa actitud y he vivido de acuerdo con ella. El precio que por ello he tenido que pagar ha sido considerable, pero eso no interesa más que al que se interesa por ello —si hay alguien—; es asunto mío, privado y personal. He vivido como quien no ha tenido nunca —entiéndase, nunca— «afición a la dictadura» y no es probable que a estas alturas de la vida y de la historia se me despierte la afición.

La libertad es algo que se hace, que tenemos que hacer cada uno de nosotros. ¿Cómo? Ejercitándola, usándola hasta donde es posible, hasta donde tropieza con la libertad de los demás. O con la represión del Poder —se dirá—, Bueno, claro es. Pero he dicho muchas veces que «hay que estar el pie a ver hasta dónde llega la sábana», que hay que «tomarse la libertad» —la libertad a que se tiene derecho— hasta el límite de lo posible. Y, por otra parte, esta moral se refiere a sazones de opresión. Tengo la esperanza de que en el futuro el Poder público se dé cuenta de que su función primordial no es evitar la subversión, sino más bien hacerla primero innecesaria y después imposible, abrir los cauces para la convivencia activa en vigorosa concordia. En suma, la organización de la libertad.

Julián MARIAS

EVENTUALIDAD CULTURA Y TEMPERATURA

A VECES, para explicar esa evidente desganancia ante la tentación de leer que caracteriza a los países «meridionales», se ha dicho que la cosa depende del clima. El contraste con los países «nórdicos» sería, según parece, muy revelador. Se da por supuesto, y las estadísticas lo avalan, el hecho de que el consumo de libros aumenta a medida que el frío se hace sentir de manera más intensa y regular: el consumo de libros y de papel impreso en general. Cuando la intemperie resulta inhóspita, la gente tiende a quedarse en casa, y, para matar el tiempo, recurre a la lectura. En los sitios templados, en cambio, todo invita a «salir»: el paseo, a la excursión, a sentarse en un banco público o en la terraza de un café, al corrillo callejero... Desde luego, se trata de un argumento primario y confusionalista. El asunto tiene raíces bastante complejas, y en su planteamiento, bien mirado, lo de menos es la temperatura. Sin embargo, hay días en que uno se inclinaría a aceptar el sofisma. Hoy —ahora, mientras escribo estas líneas, en mi pueblo—, por ejemplo. Cae una lluvia suave, melancólica, persistente. La calle se presenta como una alternativa incómoda. Lo mejor, sí, es no «salir». Al amor de cualquier chisme que caliente, sería el momento de ponerse a leer. Unas páginas cualquiera. Sólo que lo normal es enchufar el televisor, especie de «biblia pauperum» de la época. Y así se pasa la tarde, la velada...

El tema, con todo, permite ciertos acercos. La llamada «cultura», la cultura librea, funciona siempre con claras epeditaciones al factor material más inmediato, el que afecta al cuerpo del protagonista. Del fabricante, en primer término. Nunca, por mucha imaginación que le echemos a la hipótesis, llegaremos a hacernos exactamente cargo de cómo se producía la «cultura»

hace un siglo, o dos, o cinco, o veinte. Penos en el teólogo medieval, encapsulado en una celda horrida de monasterio, aguantando el hervor del ambiente, esforzando los ojos con la débil ayuda de una lámpara de aceite, teniendo que afilar su pluma de ave cada dos por tres para que la caligrafía no se le frustrase. Puede que Erasmo ya tuviera un brasero a su disposición. La estufa de Descartes pertenece a la historia de la Filosofía. Y todos estos individuos, intelectuales de la más diversa calaña, redactaron cantidades insignes de escritos, gracias a las cuales estamos hoy donde estamos, para bien o para mal. En un cálculo aproximativo, no es infrecuente concluir que, pese a las condiciones penosas de antaño, el rendimiento de los grafómanos de entonces supera con mucho el de los actuales, que disponen de mimeos tan dignos de gratitud como los electrodomésticos —empezando por la «luz», el bolígrafo y, el hay fuerte, un pingüe sueldo universitario.

No abusaré de la pregunta «sociológica» con referencias más antiguas. Platón, Aristóteles, Plinio el viejo o Plinio el joven, la fauna entera de la Antigüedad básica, ¿cómo se las arreglaba? Pero Víctor Hugo, Flaubert, Rimbaud, Verlaine, son de hace cuatro días. Y no tuvo que ser fácil. Para centrar nuestra admiración, yo me etrevería a situar en un mismo plano a «escritores» de valoración muy distinta, pero de obra copiosa. Santo Tomás de Aquino y Víctor Hugo, el Tostado —proverbial como caso de taquidnia—, o mis distinguidos paisanos el difunto señor Pérez Escrich o el todavía viviente don Rafael Pérez y Pérez. O Goethe, o Balzac, o Tolstol, o Dickens, o Hegel, o Dostoievski... Flaubert se tomaba muchas horas para perfilar una cuartilla: era su lujo. Balzac tuvo que escribir paquetes considerables de cuartillas contra reloj, tanto

para ganarse el sustento como para desahogarse de su prodigiosa impaciencia narrativa. Esta cultura heredada no dispuso ni de una maia bombilla. Con una bombilla mediana y un bolígrafo g' eicance de Balzac, «La comedia humana» tendría unos cuantos miles de páginas más. ¿Y cuántos tercetos más «La divina comedia»?

Son conjeturas, claro está. Pero no son ninguna tontería. Las delicadas filigranas del estructuralismo se saltan a la torera estas angustias palmarias. Que angustias tuvieron que ser. Vuelvo sobre la referencia a Balzac: con una simple estilográfica, fluida y discreta, con el «cajo negro» u otro artilugio semejante, con una beca March que cubriese sus necesidades urgentes, ya digo, «La comedia humana» habría sido el doble o el triple de lo que fue. En estas aventuras y fabulosas emergencias, conviene ir con pies de plomo. Pero, en definitiva, nos conducen a la implacable verdad del trabajo. Todavía hoy una buena parte de la «cultura» apreciable se tramita a partir de la indigencia de sus obreros. Los «obreros de la inteligencia», si cabe decirlo así, son los peores pagados: lo somos. Bien es verdad que nunca se sabe qué vale la pena, o que valdrá, lo que se manufactura. Los otros «obreros» son más o menos objetivamente mensurables, en su actividad, a través de «obras» que entran en los circuitos habituales de la compra venta. El «intelectual», se dedique a la física nuclear o a la filología semítica —y no digamos al poema, el drama, a la novela, al ensayo—, tropieza con arduas dificultades para seguir adelante. Es el paria entre los parias. Salvadas las excepciones que haya que salvar. El «zest-seller» no es un baramo. En el terreno de la «justicia distributiva», el «best-seller» no deja de ser una aberración. El laborioso esfuerzo de una monogra-

fía de unas docenas de folios, de un matemático, de un historiador, y hasta de un poeta lírico, no son nada, al lado de un novelón espectacular. Que también tendrá su mérito... Quizá.

La clientela, por otra parte, tampoco tiene la culpa. Sería absurdo pedir que la ciudadanía compre monografías de matemáticos o historiadores, o iridiscencias líricas, en la misma proporción en que lo hace con las novelas de moda. Puestos a leer, ¿cuándo leemos? ¿Y «por qué» leemos? Habría que averiguarlo. ¿Aquello del clima? No es sólo el clima, repito. En un instante —regional— de euforia culturalista, Eugeni d'Ors lanzó la deliciosa consigna de «Leer a Platón en el tranvía». Y ya no hay tranvías. Ya ni casi hay Platón. En el metro, los que leen algo, lo hacen en el periódico inmediato o en los relatos bibliotecas de un episodio del Oeste —mitológico Oeste americano— o de una ternura amorosa de la Corín Teillado. Sea como fuere, no hay forma de leer a Platón en un itinerario urbano. Y, aunque nunca estaría de sobra leer a Platón, ¿para qué hacerlo?... No me encarnizo en la jovial insinuación de Xenius: intento, simplemente, denunciar su extrema inocencia. El acto de «leer» y la oportunidad en que se pueda leer son eventualidades, por lo menos, ambiguas. Son circunstancias de «clase», ante todo. El «lector» que tenemos atribuido es, mientras no se demuestre lo contrario, un lector burgués, y burgueses son los jóvenes lectores de Mao, de los paleolíticos Lenin o Trotski, o del pleistoceno de Marx y Engels... Y se arman un lío tremendo... Entre cómo escribía Marx y cómo lo leen, si lo leen, los muchachos de hoy, media un abismo... «Cultura» y «temperatura» son palabrotas impresionantes...

Joan FUSTER

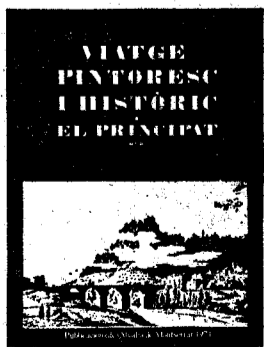
Biblioteca ABAT OLIBA

Novetat sèrie il·lustrada

CATALUNYA ROMÀNICA, 1/L'arquitectura del segle XI, per Eduard Junyent.

Un volum extraordinari, bellament il·lustrat amb fotografies en negre i en color de Pau Barceló. Tot sobre la Tossa de Montbui, Cardona, Casserres, Corbera, Frontanyà, Ripoll i les esglésies de Taüll.

Notícies sobre un centenar de monuments romànics del segle XI.



VIATGE PINTORESC I HISTÒRIC, per Alexandre de Laborda. Traducció i pròleg d'Oriol Vallès i Subirà. Notes de Josep Massot i Muntaner. El Principat. 280 pp. 1.000 ptes. El País Valencià i les Illes Balears. 286 pp. 1.000 ptes.

Meravellosa descripció del Principat de Catalunya, del País Valencià i de les illes, escrita al començament del segle passat i acompanyada d'una sèrie de gravats de valor incalculable. El segon volum conté un apèndix amb nous dibuixos del Principat del País Valencià, ièdits o molt poc coneguts.

PUBLICACIONS DE L'ABADIA DE MONTSERRAT. Distribució: L'Ara de Berà - Centre Difusor d'Edicions Catalanes. Condesa de Sobradiel, 4 Tel. 318 87 88 Barcelona-2

¿Quiere evitar ser calvo?



CAPILRA ALEMAN

LABORATORIO Y PROCEDIMIENTOS PROPIOS. Autorizados por la Dir. Graf. de Sanidad n.º 283

INSTITUTOS EN ESPAÑA: BARCELONA, BILBAO, GIJON, SAN SEBASTIAN, PAMPLONA Y VITORIA

Con procedimientos propios basados en profundos estudios que garantizan nuestros éxitos. Nadie se preocupa del cabello, sólo cuando la infección hace su aparición y se notan las primeras caldas, a partir de este momento viene la alarma.

¡VISITENOS!

Horario de visitas, sin interrupción, de 10 a 21 horas los días laborables y de 10 a 19 los sábados, en Avda. José Antonio, 622, 2.º, 1.ª, Barcelona. Para mayor comodidad de las señoras y señores reserven su hora llamando por los teléfs. 301 56 86 y 301 55 86. PARKING GRATUITO (Coliseum) DIRECTOR MEDICO: J. Miró DIRECTOR: F. Berenguer